

"Quien desenvaina una vez la espada contra el príncipe, tiene que tirar la vaina". Proverbio oriental.

Febrero del 73 fue, para el Uruguay, la quiebra final de un sueño. Nunca antes se había visto un ejército en la calle alzado contra el Presidente; nunca antes, las radios y estaciones de televisión, copadas militarmente para pasar los comunicados de los mandos; nunca antes, un Presidente encerrado en su residencia, envuelto en el desfile de los tanques Sherman, que de ida y de vuelta procuraban servir de argumento.

El ejército, ya en la escena desde semanas atrás, tomaba ahora el poder.

Todo empezó con una carta pública del senador colorado Vasconcellos denunciando al pueblo uruguayo el peligro del militarismo, que después de un siglo de civilidad pretendía reaparecer. El Presidente le contesta en una categórica carta afirmando que "para el presidente de la República no hay más camino que el de la legalidad". Los mandos militares no se conformarán con tal respuesta, reclamarán una acción de la justicia militar contra el Senador y al serles negado, emitirán el 7 de febrero, un largo, pedregoso documento, en que acumulan agravios de todo tipo contra los partidos y sus dirigentes. No lo firma el Comandante de la Armada, en discrepancia abierta con sus colegas.

El Presidente se siente desautorizado y se decide a jugar su última carta. El momento que ya en octubre yo le había advertido que vendría, y que tantos otros también le habían presagiado, llegaba.

Como se presumía, además, era tarde para todo.

Se llama al general Francese, ex ministro de Pacheco, a que asuma el Ministerio de Defensa. El viejo general, en el anterior período de gobierno perfiló una singular personalidad de hombre fuerte y humano a la vez, que con particular estilo criollo, frases ocurrentes y dichos de viejo hombre de cuartel, había sido protagonista permanente de las entrevistas periodísticas y los más resonantes debates parlamentarios. Su llamado, en horas tan difíciles, pone todo al rojo vivo.

Los comandantes no quieren ir a su toma de posesión del Ministerio. Francese los llama de mañana temprano en privado, y choca con Martínez, Comandante del Ejército. Este dice que si no se buscan salidas correrá sangre. El viejo le dice que no se preocupe de la sangre; que simplemente no la haga correr y que si al final la sangre tiene que correr, que corra... pues al fin y al cabo la historia está llena de ella. Martínez va al acto y luego visita al Ministro. Lleva en su bolsillo una solicitud de licencia y otra de retiro, que ha hecho redactar previamen-

Crónica íntima del golpe uruguayo (VI)

Después de un siglo de civilidad, en el mes de febrero reaparece el militarismo

En su nota de hoy, el autor se refiere al mes clave de febrero, cuando el ejército uruguayo toma las calles y comienza a discutir el poder. Sucesivos detonantes para ello fueron una carta pública del senador Vasconcellos, denunciando la "militarización" del país y la designación del general Francese como ministro de Defensa, contra la voluntad de los mandos.

te. Choca con el ministro y a la salida anuncia su retiro.

En el primer movimiento Francese ha ganado. Pero es el único que podrá ganar. La reacción se desencadenará ahora con toda violencia. Los mandos copan las estaciones y comienzan todos los comunicados. El primero anuncia la desobediencia a Francese. Este renuncia, pero el Presidente no acepta la dimisión y habla sorpresivamente por televisión diciendo que lo sostendrá. La Casa de Gobierno se llena de dirigentes políticos que apoyan al Presidente en el trance. La Armada ha cerrado toda la Ciudad Vieja con barricadas.

Francese es consciente de la situación. El Presidente no cuenta "con ninguna fuerza, salvo la marina", me dice. En el fondo, sólo "tenemos fuerza moral".

Esa noche se vive una vela de armas. Bordaberry saluda al público que lo vitorea frente a la Casa de Gobierno. No son más de dos o tres mil personas.

Nadie hace nada. Todos esperan. A las 5 de la mañana el Presidente va para su casa. Quedaban ya muy pocos.

Siguen los comunicados, ahora dirigidos a la Marina, que comanda el contraalmirante

Esta serie, escrita originariamente para **La Opinión**, es distribuida internacionalmente por la agencia **Latin** y se publica simultáneamente en **El Nacional**, de Caracas, y **Excelsior**, de México.

La censura brasileña revocó una disposición que impidió su publicación en **O Estado de Sao Paulo**, por lo cual ese diario comenzó a editarlas ayer.

Escribe

Julio María Sanguinetti

Juan Zorrilla, un hombre recio, al que quiere y respeta la oficialidad naval. Se quiere obligarlo a levantar el bloqueo de la Ciudad Vieja, zona portuaria y bancaria.

A la mañana siguiente, el Presidente llama a algunos políticos. Hablamos con él. Nos plantea la inevitable necesidad de negociar con los sublevados. Reconocemos que no hay otro remedio, pero le reclamamos que hable públicamente, que el pueblo está todavía confundido y que sólo oye las voces militares. El único autorizado a hablar es él. Ha habido un contacto con la oposición pero ha fracasado; el Senador Ferreira Aldunate, líder blanco, se irá para el interior, a "balconear" el proceso.

Tres días más durará la pulsera, con idas y venidas y el Presidente encerrado en su residencia de Suárez. Los Comandantes han tenido contactos con él. Se ha negociado el retiro del bloqueo naval y ello conducirá al final a la renuncia del Comandante de la Armada. Tres de los Ministros han ido a parlamentar a la Región N° 1 las condi-

ciones militares. En la casona estilo morisco, que fuera propiedad de un viejo hacendado, deben esperar 20 minutos.

Pasa el sábado, pasa el domingo. Los comandantes visitan al vicepresidente a fin de plantearle la posibilidad de una solución política. Les contesta al vicepresidente que él no conspirará contra el Presidente, pero que si éste voluntariamente renuncia, él hará todo lo posible por ocupar la Presidencia. En el fondo, los comandantes no estaban decididos a sustituir a Bordaberry y en último caso querían asegurar una solución de legitimidad. Muchas versiones se manejarán más tarde sobre esta entrevista, pero la sustancia es esa y varios testigos así me lo confirmarán.

En una reunión con dirigentes políticos, se habla al Presidente de la posibilidad de su renuncia. El descarta de plano esa hipótesis.

En la mañana del lunes lo visito. Le digo que como amigo, no como político ni como representante de un partido, creo que sólo le queda renunciar, que de lo contrario sólo vegetará en la Presidencia, que no tiene más posibilidad de resistir o alcanzar alguna solución digna. Me dice

que no, que él es el único capaz de lograr el compromiso militar de no romper la tradición electoral del país y de respetar al Parlamento. Me informa que Pacheco Areco, el ex-Presidente, ahora Embajador en Madrid, le ha dado su opinión telefónica en ese sentido. Agrega que el Vice-Presidente no tendría una mejor situación que él, que debería arrancar del mismo difícil punto en que él se encuentra. Yo le sostengo que Sapelli heredaría si esa situación pero que podrá enfrentarla con otra libertad política; que contará con otros apoyos, ya cerrados para él. Le comento —tenía noticias fieles al respecto— que si no se entrega y acepta las condiciones, lo dejarán allí aislado en su casa, sin comunicación exterior.

Poco después, salía para la base aérea de Boisso-Lanza, de donde he llamado. Los militares no quisieron volver a Suárez, donde habían recibido algún grito hostil en uno de los tantos parlamentos. Y allá fue el Presidente. El después nos narrará el resultado de esas conversaciones, diciendo que hubo un entendimiento pero no un convenio. Concretamente considera que las Fuerzas Armadas reclaman la institucionalización de su participación en el manejo público, a través de la creación de un Consejo de Seguridad Nacional y la autonomía de sus decisiones en cuanto a su vida interna. "Considero que este movimiento es incontenible", nos dijo una mañana en su despacho narrándonos los detalles de esa discusión final, en que los militares reclamaron además el cese de dos embajadores: el Dr. Glauco Segovia, un político pachequista que había designado Bordaberry en París y el general César Borba, un ex ministro de Pacheco acreditado en Lima. Una venganza menor esto último. Del mismo modo se le reclamó el cese de Alejandro Gari, funcionario diplomático en España, hijo de Juan José Gari, un industrial amigo del Presidente sindicado como la eminencia gris del régimen.

En Boisso-Lanza, Bordaberry entregó entonces su poder, conservando el cargo.

Nadie entenderá cómo los militares, luego de prácticamente dar el golpe de Estado, devolverán ese poder del que se habían apoderado. El hecho, desconcertante para quien lo mirara desde el exterior, sigue siendo, en el fondo, uno de los interrogantes, que aún hoy, en junio, sigue pesando sobre la situación uruguaya tan llena de singularidades.

Como también persiste, nebulosa e indefinida, la errática doctrina de este movimiento militar que será motivo de la próxima nota.

Próxima nota: rumbo a la derecha.
Copyright La Opinión, 1973.